

LOS SIETE DESAFÍOS Y LA HERRAMIENTA
SOLITARIA: APUNTES SOBRE LA POLÍTICA Y EL
ESTADO EN EL PROCESO REFUNDACIONAL DE
CHILE

Alberto Mayol Miranda

ALBERTO MAYOL MIRANDA

Académico asociado de la Universidad de Santiago de Chile. Es director del Centro de Investigación Sociedad, Economía y Cultura de la Facultad de Administración y Economía de la misma universidad. Licenciado en sociología y estética, posgraduado en sociología y ciencia política. Miembro del comité editorial de la revista *Análisis del Año* de la Universidad de Chile. Es además libretista de ópera (estrenos principales en el Teatro Municipal de Chile en 2018 y en la Bienal de Venecia de 2019). Actualmente desarrolla sus investigaciones principales sobre malestar social, globalización y procesos de transformación política y cultural.

LOS SIETE DESAFÍOS Y LA HERRAMIENTA SOLITARIA: APUNTES SOBRE LA POLÍTICA Y EL ESTADO EN EL PROCESO REFUNDACIONAL DE CHILE

Un momento refundacional siempre deriva en una escena atemorizante. Dos trenes van por la misma vía férrea en dirección opuesta: el camino de ambos solo puede conducir a la colisión. ¿Por qué necesariamente habrá dos trenes avanzando en direcciones opuestas?

En los procesos refundacionales todos pretendemos que las propuestas e ideas de futuro vayan acompañadas por una realidad que se mueve relativamente al mismo ritmo e idealmente en la misma dirección. La verdad es que esta pretensión es vacua en tanto lo que ocurre en los procesos refundacionales es justamente al revés. Lo normal es que las nuevas configuraciones sean muy conjeturales, pero que su mera enunciación sea corrosiva para las instituciones existentes y para quienes las habitan. Es decir, lo nuevo y lo viejo, aun cuando tienen una continuidad, están en conflicto. Lo nuevo nace de lo viejo, pero nunca es su hijo legítimo. Para efectos de su padre (lo viejo), el hijo es un monstruo (lo nuevo). O Saturno devora a sus hijos o Edipo mata al padre. Para decirlo de forma menos criminal, aunque no fuera del ámbito de lo espeluznante: hay dos trenes y ambos van en trayectoria de colisión. Uno es el de los proyectos y el otro es el de las estructuras que están operativas. Ambos van en direcciones opuestas. Cuando el proceso refundacional va tomando forma, el escenario debe entenderse como un choque inminente: los trenes han acelerado y a veces despliegan la absurda fe de creer que ambos van en la misma dirección. Pronto la realidad los desmiente.

¿Qué pasa cuando estos trenes chocan? En la realidad física solo podría generarse una catástrofe, una destrucción irreparable, la muerte de miles de personas, el fin operativo de los aparatos. Pero en la realidad política los sucesos consecuentes pueden ser extraordinarios, dignos del realismo mágico o de una fantasía borgeana. Y es que los trenes pueden configurar una sola entidad, una existencia armónica que no solo no sea un choque, sino que sea algo más que la suma de todas las virtudes. La vida social es mucho más extraña que la realidad física, al menos si uno descarta las escalas cuántica y la cosmológica. Por algo la mayor parte de los líderes en la historia son de corte religioso. Y es que los milagros suceden. Por supuesto, tal y como puede haber un milagro para lo bueno, la política conoce muchos momentos en que todo lo sólido se desbarata a gran velocidad.

Este proceso de irremediable conflictividad suele no estar presente en las conciencias de quienes habitan el proceso. Una sutil ingenuidad suele reinar en estos momentos, lo que quizás los hace más vivibles. Como el pequeño roedor que debe cruzar un trozo de desierto mientras en el cielo águilas enormes y aves de rapiña, veloces y hambrientas, calculan sus descensos. Todos necesitamos creer que la posibilidad existe, que hay alguna probabilidad de superar los escollos y conservar la vida. Pero lo cierto es que la conciencia de la dificultad no suele ir de la mano con las complejidades del proceso. La probabilidad nunca ha sido hija del deseo, más allá de lo que digan los libros de autoayuda.

Ya la teoría de Aristóteles sobre la tragedia el filósofo nos muestra que no coincide la contradicción que generará la tragedia con el momento de conciencia del personaje trágico. Para decirlo con un ejemplo, Edipo ha asesinado a su padre (sin saberlo), se ha casado con su madre (sin saberlo) y en tanto tal la tragedia ya ha ocurrido, más aún, la sentencia del oráculo, su predicción, ha sido cierta (era su destino asesinar a su padre y casarse con su madre); sin embargo, nadie lo sabe. Será después cuando Edipo llegará a saber (y se sacará los ojos) que un atávico destino lo ha conducido a convertirse en supuesto héroe y rey, en circunstancia que solo ha sido un muñeco de los dioses, la risa de un poder irónico, un pequeño insecto en una historia demasiado grande. Aristóteles llama al momento de conciencia «reconocimiento». Tal parece que no es extraño, que es humano (demasiado humano) intentar evadir la facticidad de un destino que surge como inevitable. De ahí que luego de movilizaciones intensas de ocho meses en 2011, luego de un listado de movimientos sociales desarrollados desde entonces (Hidroaysén, estudiantil, Aysén, Calama, Tocopilla, Freirina, Antofagasta, No + AFP, movimiento feminista), todavía las élites pudieran decirse a sí mismas y declarar abiertamente «no lo vimos venir» cuando el estallido social de octubre de 2019 arrasó ciudades, conmovió espíritus y devastó un largo listado de instituciones y liderazgos, terminando en la práctica con una época que todavía se llamaba «transición» y que en realidad ya había perdido hasta su provisorio nombre. Era una época con muchos acontecimientos sin definición. Cuando eso pasa surgen nombres como «edad media», nombres que no dicen nada, pero que sirven para clasificar. Pero ni siquiera eso había pasado. El nombre de ese tiempo, de 2016, de 2018, no existía. Y de pronto ese vacío, esa ausencia, supo explotar. «No lo vimos venir», dijeron, bajo la pretenciosa tesis de que el estupor te exime de toda culpa. Por supuesto, las denuncias crecían, las protestas también, la política decaía, el respeto a la élite era inexistente. Pero no lo habían visto venir.

El estallido social puso los trenes en la misma vía y en dirección de colisión. Y claro que ello era nuevo. Pero es una impostura imaginarse realmente que aceptábamos la existencia de un «oasis» una semana antes y luego vivíamos en la devastación, la rabia, la tortura y el miedo. Ese relato no funciona. Y no funciona

porque es falso. La época dorada del Chile transicional se había extinto hacía bastante, para ser precisos, hacía ocho años con toda evidencia e incluso mucho más tiempo atrás, cuando evadimos la palabra *malestar* en el informe del PNUD de 1998. El malestar había sido derrotado por secretaría, en la oficina de un corrector de estilo que de pura casualidad moraba en La Moneda.

En el estallido quedó atrás la tesis de una transformación lenta y armónica para afrontar el proceso de un nuevo Chile como por cierto quedó atrás también (y sobre todo) la idea de que era innecesaria transformación alguna. El estallido definió que el conflicto y el fuego eran parte sustantiva del proceso. Era una inmensa novedad en una era transicional donde la fe en la modulación, la prudencia y los acuerdos se había asentado y consolidado de manera prístina.

La posdictadura chilena tiene una época dorada donde las herramientas políticas funcionaron de manera extraordinaria para producir respuestas políticas ante escenarios críticos. Esas respuestas fueron en el marco del control de la élite transicional, un pacto elitario específico de la transición chilena donde el sistema político era la forma institucional de la doctrina de Chile como país económicamente exitoso y políticamente estable. La premisa de cuidar a los inversionistas y al desarrollo financiero era fundamental. Y ese, con sus debates y modulaciones, fue un acuerdo desde la derecha más radical hasta el Partido Socialista. No es posible exagerar señalando que fuesen un bloque cohesionado. Más bien su virtud es que no era tal. Pero había un horizonte de acción que no debía modificarse. Normalmente el crecimiento económico acompañaba, incluso en medio de crisis globales. Chile era un caso de éxito económico y una transición sorprendente, donde desde los miembros de la dictadura hasta los torturados en dictadura podían negociar y lo hacían a gusto, llegando a la posibilidad de entendimientos que otorgaban un escenario carente de conflictos. La negociación no era exactamente un punto medio. Más bien el triunfo de ese objeto conceptual llamado neoliberalismo era bien evidente: más mercado y un Estado subsidiario eran la tónica. Pero allí estaba la época dorada, con sus números claros, los elogios internacionales y la convicción de un país que se sentía fuera del lugar que le correspondía («un gran país en un mal barrio») era la sentencia que operaba en el sigilo de las puertas cerradas). De alguna manera, la élite política era el escaparate que se mostraba al público de lo que en realidad era un plan de desarrollo liderado, cada vez con más claridad u obscenidad, por el empresariado. Al final, como suele ocurrir, en la medida en que la realidad quedó a la vista Chile terminó por otorgarle efectivamente el poder político al mundo de la empresa y eligió a Sebastián Piñera en 2009. En su gobierno el milagro se terminó y en vez de aquel lo que apareció fue la versión triste de un milagro: la paradoja, la economía crecía con cifras espectaculares y sin embargo el malestar se politizó y se expresó abrumadoramente.

El año clave fue 2011. No fue 2006 (un antecedente importante, pero solo eso). No fue 2019 (la fractura de la fisura, la explosión de la represa llena de malestar). El proceso que transformó la demanda social en demanda política se inició en 2011. La historia se aceleró menos de lo que debía. Los impugnadores fueron tímidos y la élite transicional tuvo una esperanza absurda de poder superar el problema sin un plan de transformación más radical. Esta última tesis parecía tener la razón cuando Sebastián Piñera ganó su segundo gobierno e incluso antes, cuando fracasó el proyecto novomayorista de Michelle Bachelet. Por entonces examiné mi tesis del «derrumbe del modelo» ante un escenario que parecía empíricamente adverso en la columna «¿El derrumbe del derrumbe?». En ella señalaba que valía la pena preguntarse por la tesis que había bosquejado en 2011 sobre «el derrumbe del modelo», que sostenía que el escenario de crisis excedía el fenómeno educacional, que la clave estaba en una crisis de legitimidad de gran tamaño y que ella desgastaría el aparato institucional hasta impedir que se revistiera de validez el modelo económico, dejándolo desnudo y convirtiéndolo así en una bomba de tiempo. El argumento señalaba una predicción: el modelo se derrumbaría en los siguientes años, resultaba inevitable. La tesis fue refutada, criticada o ninguneada. No era aceptable. Incluso para algunos críticos del modelo resultaba ser que el neoliberalismo era un activo de Chile. Pero la impugnación estaba ahí. El escenario de crítica era estructural porque expresaba contradicciones fundamentales de la dimensión económica de la sociedad: el mecanismo de integración es el consumo y los salarios son bajos, por lo que la deuda es el corazón del modelo económico en su aparición cotidiana. El proyecto de la Nueva Mayoría era un esfuerzo ritualista de resolver el problema atacando síntomas, pero sin tratamiento a la zona de la enfermedad.

Si la legitimidad del modelo parecía problemática en 2011, pero su funcionamiento parecía adecuado, hoy estamos en una condición distinta: la legitimidad (luego de tibias mejoras al inicio del gobierno de Bachelet) llegó a niveles bajísimos, pero además el escenario económico es estructuralmente muy negativo. Y cuando la crisis llega a la caja el problema ha dejado de ser espiritual y teórico. La palabra *dignidad* en el estallido de 2019 vino a resumir las dos dimensiones: la legitimidad y la viabilidad de la vida, el alma y el cuerpo, la convicción y el dinero.

El modelo chileno ha consolidado una larga década de problemas de operación (el crecimiento se reduce, el país no es el templo de la pujanza), y en la misma larga década se habita en problemas de legitimidad (nadie cree en los dictados del poder, se sospecha o descrece del discurso del emprendimiento como camino de salida de la precariedad, se rompe la ilusión del sueño americano en su versión chilena). El derrumbe se ha producido. La Nueva Mayoría apostó por el gatopardismo y en ese juego terminó por elegir una decadencia lenta y penosa para el modelo. Sebastián

Piñera se convenció sin prueba alguna de que su triunfo era una señal definitiva: los chilenos volvían al modelo. Lejos estábamos de aquello.

Todo el proceso desde 2011 a 2019 es lo que se suele denominar como «agonía». La palabra refiere a la lucha que da aquel que no desea morir (*agon* es lucha en griego, la agonía no nace del nivel de riesgo del enfermo o herido, es la referencia a un cuerpo que junta fuerzas para no morir). El modelo agonizó desde 2011 y en 2019 tuvo una muerte operática, wagneriana, quemando el escenario. Este proceso lo he trabajado bajo el rótulo «ciclo de crisis». Y este ciclo de crisis, si se analizaba día por día, tenía una enorme relación con el comportamiento de la evasión en el Transantiago.

El ciclo de crisis chileno se produce desde 2011 y tiene un desarrollo de explosiones intempestivas de gran tamaño, crecientemente inorgánicas. En 2011 las protestas tienen una temática que luego «chorrea» en otras direcciones, pero que crece solo en un ámbito (educación universitaria). Hay además líderes y estructuras orgánicas como también (pero menos) en las movilizaciones de 2012. En 2016 el movimiento No + AFP fue un movimiento sin vanguardia, sin liderazgos marcados. El movimiento feminista de 2018 repitió estos rasgos. El estallido social de 2019 es altamente intempestivo, extraordinariamente disruptivo y carece de protagonistas desde el punto de vista político. Si en los anteriores movimientos los líderes eran secundarios en la dinámica, en el 2019 ni siquiera hay líderes. La curiosidad sociológica es mayor: el movimiento más eficaz es el que tuvo menos liderazgos marcados. Ha sido el de mayor impacto, de mayor transformación institucional, de mayor impacto en las élites.

La exigencia de resolución para todo el sistema político sin excepción parece obvia: un poder disruptivo e inorgánico puede tornar impertinentes los procesos de mediación. De ahí el Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución que surge en noviembre de 2019, a un mes del estallido. La búsqueda es explorar un camino que restituya las rutas de mediación porque la política dejaba de ser el mecanismo de amplificación de los requerimientos sociales y la forma de expresar esos requerimientos había derivado en explosiones sociales que amplificaban las temáticas desde el propio espacio y sin generar herramientas susceptibles de negociación. En términos disciplinarios era un momento donde la ciencia política carecía de importancia, pues los fenómenos se retrotraían a lo sociológico y antropológico, cuando no a lo literario o cinematográfico en tanto narraciones, dramatizaciones, performances o derechamente puestas en escena.

Se planteaba entonces un escenario refundacional. Los sectores más conservadores, pero adaptativos, asumieron que eran necesario un «reseteo». En los sectores menos conservadores la tesis era de un «formateo». Esta distinción era la que predominaba, con estas palabras, dentro del mundo empresarial. El punto es

que la realidad institucional vigente se asumía, por vez primera en la posdictadura, como impertinente. En ese camino surge la necesidad de resolver, para efectos de la acción política, los problemas acumulados en el ciclo de crisis 2011 a 2019.

¿Cuáles son los problemas cruciales que se acumularon durante el ciclo de crisis y que hoy exigen una respuesta? Son siete, he aquí el listado.

- i. Reconstruir la confianza en la mediación institucional y política a la hora de resolver problemas públicos.
- ii. Configurar una Constitución Política legítima en su origen y eficaz en su funcionamiento para otorgar las garantías jurídicas a una buena convivencia, justicia social y calidad de vida.
- iii. Estabilizar el funcionamiento del sistema político luego de un proceso que denominamos «ciclo de crisis» y que se ha caracterizado por un carácter disruptivo.
- iv. Introducir respuestas políticas a demandas sociales de seguridad económica y derechos sociales.
- v. Cambiar el modelo de Estado.
- vi. Cambiar el modelo económico.
- vii. Consolidar la emergencia de una nueva élite política ante la explícita y veloz decadencia de la élite transicional.

Estos siete desafíos son la clave del proceso refundacional. Cumplir los siete parece imposible. Hay al menos dos o tres que son casi imposibles por sí solos. Chile enfrenta un desafío mayor: lograr estructurar respuestas para todas estas problemáticas. Pero toda refundación es la construcción de un interior nuevo. No es la modificación de la exterioridad de un proyecto. Y frente a todos estos problemas solo ha surgido una ruta de solución, que es la Convención Constituyente. Resultante de un colapso, como residuo creativo de él, la Convención nace en el corazón de lo muerto (Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución) y debe desarrollar nuevas estructuras.

La pregunta por el Chile actual es abrumadora. No hay manera de mensurarla, de cubicarla, pertenece a un plano que se esconde, que es esotérico en el sentido griego (es algo que se desarrolla por dentro, que carece de exterioridad). El proceso externo parece ser una astucia de la historia, un devenir sorprendente donde se forman mundos y caen estructuras como si ello fuese pan de cada día. Pero al mismo tiempo de su pliegue sobre sí mismo el proceso tiene un afán de dramatización, de

exterioridad, de expresión de lo que estuvo escondido. Es la búsqueda de exponer lo ominoso. En esa búsqueda un país transformó una crítica por \$30 pesos (0,0013 dólares de Estados Unidos) en la síntesis de los males de treinta años. Y ya puestos en aquello se apareció todo lo demás: los derechos sociales, los derechos sexuales, los pueblos originarios, la salud pública, los doscientos años de un Chile oligárquico, los quinientos años de colonialismo y sobre todo el hastío de las élites políticas y económicas. A este proceso lo podemos llamar el momento de la inflación política. En la teoría cosmológica la «inflación» o «proceso inflacionario» se produce en la acelerada expansión del universo a poco andar de la gran explosión (Big Bang). En poquísimos tiempo la vastedad del universo se multiplica, excediéndose a sí misma. En el caso del estallido social ha pasado lo mismo, pero lo que se inflamó fueron las estructuras y no el tiempo. La política se expandió. Hay quienes pensarán que fue su respuesta. Pero quizás fue solo un hecho, un acontecimiento, un derivado de lo inevitable. La politización creció y logró gestar el proceso constituyente como único camino para conducir el proceso refundacional.

El inicio de la Convención Constituyente ha sido fuertemente ritual. La importante crisis por el caso de un constituyente que mintió gravemente en su campaña para ser uno de los redactores de la Carta Magna generó un cambio importante en la Convención Constituyente. Su etapa ritual dejó el paso a una etapa más política. La ritualidad había reducido los riesgos del proceso constituyente, pero hacía de la institución legislativa una entidad superficial e irrelevante. La nueva etapa termina con el momento adánico y obliga a hacer política. Ello permite hacerse cargo del problema eventualmente, pero es más riesgoso.

En el proceso constituyente subyace una importante apuesta por las políticas de la identidad, muy reivindicadas por sectores progresistas y de izquierda que son mayoritarios en la Convención Constituyente. Resulta esto absolutamente sorprendente desde el punto de vista de la historia política de estos grupos. En los primeros movimientos sociales antielitarios (hablo de Cristo) la clave se encuentra en una adaptación del universalismo de Diógenes de Sínope a la religión judía, generando una fractura que partiría dicha cultura religiosa. El siguiente movimiento antielitario exitoso con impacto mundial fue la Revolución Francesa, donde el afán universalista fue también fundamental. La revolución acontece en Francia, pero no es de Francia. Las rebeliones sociales expresando un malestar antielitario retornaron con claridad recién cuando estuvo terminada la Segunda Guerra Mundial, siendo los movimientos de 1968, 2011 y 2019 las claves de ese proceso. Entre medio hay otro proceso contra las élites secundarias del mundo en 1989, cuando caen los llamados «socialismos reales». Esta forma de nominar a los socialismos existentes (reales) hace alusión a la distancia entre su proyecto y su facticidad. Es justa la diferenciación, aunque es injusto que no se haga lo mismo con el liberalismo, que nunca ha sido

como está escrito. Un buen ejercicio sería distinguir entre el liberalismo doctrinario y teórico respecto a los «liberalismos reales». Se entiende por qué Platón se quedaba en las ideas, y es que la materia suele ser, ante todo, decepcionante. Lo cierto es que la izquierda ha apostado a las identidades: movimientos reivindicatorios de los géneros subyugados, disidencias sexuales, nacionalismos de pueblos originarios (desglobalizados), nacionalismos de territorios de alto desarrollo (ultraglobalizados). Eso quiere decir que se ha apostado a la política de las identidades. ¿Pero cómo se logra generar un reconocimiento masivo a muchas identidades distintas? ¿Y cómo hará el Estado para simplificar cuando lo que se le pide es complejizar?

El Estado es un aparato relativamente nuevo en términos históricos. A inicios del siglo XIX ningún Estado gastaba más del 10 por ciento en otra cosa que no fuera la defensa militar. El Estado era un arma. Su capacidad de organización y logística sobredeterminó un destino muy diferente: el salto a la gestión de la sociedad, la convicción positivista del control de la vida social, la construcción de metas y la comprensión de que las inestabilidades de la política interna podían ser tan riesgosas como las amenazas externas. ¿Cómo se construye un Estado entonces? Por saltos pequeños e institucionales (liberalismo político), por saltos grandes y revolucionarios (socialismo). El liberalismo económico iría un paso más allá: todas las acciones de la sociedad podían ser gestionadas para una mejor asignación de recursos desde el mercado. El socialismo creó una variante: capitalismo regulado, muy criticada por las izquierdas socialistas «de verdad». La Unión Soviética, señala Hobsbawm, no comprendió la relevancia del mercado y destruyó su capacidad de asignar eficientemente recursos en áreas donde el mercado es indispensable. Lo dice Hobsbawm, quizás el más grande historiador marxista.

Los conservadores tuvieron que reinventar su mundo. Habida cuenta de que la Revolución Francesa (y la industrial, la demográfica, la sanitaria, la energética, la de telecomunicaciones) generó sociedades habitando en la transformación vertiginosa, el conservadurismo en sí no tenía sentido. Y, además, en la era de las ideologías y doctrinas políticas, carecía de doctrina. Se había convertido en una especie de estado de ánimo, una especie de amargura del presente (para la que habría que inventar una palabra en algún idioma interesante). Fue Edmund Burke quien logró darle sentido a algo que luego se entendería como la forma moderna de ser conservador. Se le conoce a su posicionamiento como conservador liberal y era al tiempo un defensor del libre mercado y un crítico de la concentración de la riqueza. Por lo demás, es quizás el primer conservador reformista que se declara como tal: señaló que un Estado sin los medios para efectuar cambios carece de los medios para su propia conservación.

Hemos puesto, por necesidad, todos los huevos en la misma canasta. La Convención Constituyente no solo tendrá que construir las bases normativas de

la refundación, sino que deberá insuflar desde su interior un espíritu que rijan la creación, una moral social común y la construcción de un sistema político hábil y legítimo. Esto para empezar, pero es mucho más difícil. Los impugnadores no tienen un proyecto de Estado específico construido, no tienen un modelo económico sistematizado. Los impugnadores plantearon sus críticas, sus recaudos o su búsqueda refundacional. Pero el proceso constituyente tiene que procurar los contenidos del proceso, aun cuando no es lo que le corresponde formalmente. La exigencia es alta. Y el riesgo también. Pero es el momento más importante, en términos democráticos, de la historia de Chile. Habrá que reconocer que no es poco. «Dejad que los perros ladren», dicen que dijo Sancho al Quijote. Hasta donde sé eso nunca ocurrió (el pasaje nunca lo leí). Pero parafraseando al falso Sancho podremos decir: «dejad que los trenes choquen». Aunque ello no implica que no nos abrume la inquietud de una distopía posible.